

CELEBRAR LA MUERTE O CELEBRAR LA VIDA (*)

¿Cómo comenzar a tocar un caso tan aberrante, tan espeluznante, como el de que 50 personas, que se consideran entre ellos buenos, y son considerados también buenos vecinos, se unan para matar a patadas a un joven -a quien acusaban de ladrón- que ya estaba tirado en el piso inconsciente, en plena calle, a la luz del sol y con todo el barrio de testigos? ¿Y que luego, ya con la sangre fría, no sólo no se llame a la policía o a la ambulancia, sino que se les impida llegar, para dejarlo desangrándose allí seis horas? Y que luego los vecinos de ese barrio festejen y lo presenten como un acto de heroísmo. Y otros, ajenos se sumen a ese festejo. Si comenzase esta columna con esa hipótesis hace un mes, nadie me creería. Diríamos que eso no pasa aquí, que soy alarmista, que es un extremo fantasioso. Pero no sólo pasó, sino que tuvo réplicas en todo el país los días siguientes. No hay manera de comenzar una columna que apunte al lector racional con esa imagen. No la hay. Sólo podemos estremecernos. Rechazarla desde lo más íntimo de nuestra humanidad, de nuestro sentido moral.

Comencemos, entonces, por otro lado. Imaginemos otro caso. Digamos que había un joven sí, pero este era de clase media, se vestía de una manera aceptable, tenía un aspecto normal, bah, no como pibe chorro, sino como un hijo "nuestro". Y tenía un nombre común como Mariano, Pablo, Santiago. Su padre tiene una pequeña empresa y él va al secundario. Pero ¡ay! a veces es un bardo, ya se mandó varias. Imaginemos que este pibe en plena vía pública hizo algo grave que no debía. No sé, le tocó la cola a una chica, se drogó y le pegó a otro pibe un poco más chico. Algo malo, imagínesele usted. Pero esta vez un vecino reaccionó y lo pa-

ró. Alguien llamó a la policía, que se lo iba a llevar unas horas en cana, para que aprenda, hasta que su viejo lo vaya a buscar. Y varios aplaudieron cuando la policía lo llevaba, porque alguien le tenía que dar el mensaje. Pero qué diríamos si a este chico, de clase media, que aún tenía futuro y podía hacer algo bueno de su vida, lo hubieran matado en vez de llevárselo. Les diríamos asesinos. Porque tenía futuro. Porque él podía llegar a ser otra cosa. Porque era de los nuestros. Y el otro, en cambio ¿merece la muerte porque -decimos- que no tiene futuro, que no se puede esperar de él otra cosa? ¿Lo condenamos a la muerte física porque sabemos que ya lo habíamos condenado a ser un sujeto degradado socialmente? No hay manera de evitar el escalofrío, el repudio.

Por eso, mejor vayamos para atrás y cambiemos la hipótesis. Imaginemos a otro chico, "blanco", de clase media, instruido, que hace una macana: Se roba algo de una tienda. O sale con el auto del padre sin tener registro y coimea a un policía, y los vecinos lo ven. O no sé, sale borracho del boliche y agarra a trompadas a otro chico. Y al ver la escena lo agarran entre tres o cuatro padres hartos y le pegan. Una vez tendido en el suelo se suman 40 personas más de distintos lados hasta desfigurarlo a patadas. Y después lo dejan desangrarse hasta morir en la calle. A propósito. Llamen a la ambulancia para que NO venga. No, eso sí que ya no es verosímil. Eso sí que no puede pasar. Y si pasara, saldría en todos los diarios por varias semanas y hablaríamos del "crimen de fulanito de tal", y por supuesto, como marca la ley, se investigaría para detener, juzgar y condenar a los autores del homicidio. Una marca traumática sobre la monstruosidad de ese pueblo nos perseguiría en la conciencia.

Sin embargo, con David Moreyra nada de eso pasó. Así se llamaba el chico de Rosario. No sólo eso, sino que su caso se comenzaron a repetir en todo el país. Y eso que no ocupó las portadas de los principales diarios al comienzo. Y eso que ningún gran diario lo llamó "el crimen" o "el asesinato de David Moreyra".

Todos sabemos por qué con David se pudo ¿no? ¿O no lo sabe, usted, lector, en su fuero más íntimo? Porque era chorro. Porque era negro. Y los chorros y los negros nos tienen podrido ¿no? Esa es la diferencia. Ojo, que hay muchos chicos malos, desde los dueños de IBM o Monsanto hasta los que verduguean ("bullying", se dice) a nuestros hijos en el colegio. Pero en general no pedimos para ellos la cárcel. Mucho menos se nos ocurriría matarlos a patadas en sentido literal. Eso sólo se nos ocurre con los "negros". Los que son de "los nuestros", bueno, necesitan rectificarse o mejorar. De "los otros" hay que protegerse con todas las armas, hay que castigarlos de alguna forma, para que aprendan quiénes somos, hay que "combatirlos". Con los nuestros, somos civilizados. Con ellos no, y los justificamos diciendo que son ellos los que no "tienen códigos". Como si una salvajada justificara otra.

Sabemos que las cárceles son inhumanas, que se roba, se tortura y se viola ahí adentro. Que se aplican todas las formas de degradación. Pero mejor, así se "pudren" ahí. "Se pudren". Se pudren como la fruta que nadie compra o nadie come, se pudre. Como la carne que sobra, se pudre. Como las personas que sobran, también deben pudrirse. O como el ánimo de los buenos, que estamos "podridos" de "ellos".

Pero David era una persona de carne y hueso, con su propia historia. No era un ello. David debía pagar por sus propios actos, no por los de todo un ellos. Sin embargo, David, en el momento de la venganza colectiva, se convirtió en un objeto que los representaba a "ellos". Los ejecutores lo convirtieron en un símbolo, y pagó no sólo por todo un "ellos" sino por un montón de otros problemas, que créanme, no los hizo David. Es que la gente esta muy harta. Tiene bronca. Tiene bronca con el gobierno... ¿y qué culpa tiene David Moreyra del gobierno, de que su jefe lo trate mal, de que no le alcance el sueldo, o incluso, de que otro chico, a quien usted ve igual, lo afanó a usted el mes pasado?

Ese tipo de violencia sólo es admisible porque consideramos a David un otro. A los que son distintos sí podemos pudrir en la cárcel o matar. Porque la manera que tienen algunos de poderse explicar sus angustias personales, sus problemas es decir que hay un enfrentamiento, y que todo lo que uno cree que está mal en su vida, es culpa del otro: del otro bando. No de uno, ni de otros que son como uno. Tranquiliza saber que los problemas de uno son por culpa de otros a quienes tengo identificados, y sobre los cuales descargaré mi venganza. Y en este imaginario, los otros, esos culpables, no son casualmente ni los CEOs de grandes empresas, ni gente que se parece a uno. Son los pobres, los negros, los chorros. Y entonces, David, no es linchado por ser David, es linchado porque es uno "de ellos" a quienes identificamos como el enemigo y por tanto son matables. No linchamos a David, linchamos a todos los que son como él, a todo lo que él representa. Y lo que él representa es todo lo que odiamos. Ellos tienen la culpa de lo que nos pasa a nosotros

(eso sí, al revés no funciona: nosotros nunca nunca tenemos la culpa de los que les pasa a ellos, nosotros no tenemos la culpa de nada malo de lo que pase en ningún momento).

Si no usáramos ese mecanismo, de adjudicarle a David ser el representante de todo un colectivo social, adjudicarle a todo ese colectivo social las culpas de todo lo que nos angustia, y ver en ese hecho una reivindicación de todo un sector social al que pertenecemos, y que tiene todo lo bueno y lo que deseamos, veríamos el hecho como el hecho crudo: Cincuenta personas mataron cobardemente a patadas a un joven. En la calle, y a sangre fría lo dejaron morir. Se convirtieron en asesinos.

Pero algunos creemos que no hay un orden natural de ellos y nosotros. Que esto pasó por un proceso histórico, que empujó ganadores y perdedores, y que nada en mí mismo, me distingue de los perdedores por naturaleza. Que estamos en el mismo barco, que se hunde o se salva todo, por completo. Y que si ellos son marginales, es porque algunos no lo somos. Que si yo no estoy ahí, fue por que mi familia inmigrante tuvo otra suerte, que la familia inmigrante del otro. Que la vida de un pibe "negro" vale tanto como la vida de un pibe de otro "color", aunque él sea más pobre. Que él también tiene familia, esperanzas, historia. También fue niño, y su inocencia se quebró. También hace esfuerzos aun partiendo desde un lugar mucho más difícil que el mío. Que como no quiero que mate, él tampoco, no quiero que lo maten. Que NADIE ES MATABLE. Y, que seguramente, si hoy es violento, primero sufrió él muchas más violencias. No quiero pagarle con la misma moneda con la que siempre cobró. Porque sé que repetiríamos la historia, con él con sus hijos, conmigo



(*) Por Mariano H. Gutiérrez
Criminólogo, sociólogo, autor de
"La necesidad social de castigar"
y miembro de APP

y con mis hijos, pero cada vez peor. Quiero pensar otras formas. Quiero solucionar el problema de verdad, no sentirme un héroe vengador. Quiero salvar a esos pibes. Quiero salvar a los míos. ■